

Como un antiguo tambor

Escrito en Colombia

Colectión Artes y Humanidades

Alfonso Rubio



Universidad
del Valle

Programa Editorial

Como un antiguo tambor

Escrito en Colombia



Colección Artes y Humanidades

Poema de inmejorable belleza. Denso en metáforas, símbolos e imágenes alusivas a la América de los conquistadores y de la modernidad, mantiene un ritmo contenido, consciente del cuidado en las palabras y del contrapunto entre la nostalgia, el encanto y la desesperanza. La voz poética extranjera acepta el desarraigo de una patria geográfica que remite a la España de la vieja Europa para hallar aquí la otredad y el sosiego en la casa del lenguaje, desde donde otea esta tierra y se hace semilla y después sangre atada al valle.

Hernando Urriago Benítez



Programa ditorial

Alfonso Rubio

Como un antiguo tambor

Escrito en Colombia



Colección Artes y Humanidades

Rubio Hernández, Alfonso, 1964-

Como un antiguo tambor / Alfonso Rubio Hernández. —
Santiago de Cali : Programa Editorial Universidad del Valle, 2008.

40 p. ; 22 cm. — (Colección artes y humanidades. Poesía)

Incluye índice.

1. Poesía española II. Tít. III. Serie.

861.6 cd 21 ed.

A1149924

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: Como un antiguo tambor. Escrito en Colombia

Autor: Alfonso Rubio

ISBN: 978-958-670-634-6

ISBN-PDF: 978-958-5156-57-9

DOI: 10.25100/peu.429

Colección: Artes y Humanidades - Poesía

Primera Edición Impresa abril 2008

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Alfonso Rubio

Diseño de carátula: UV Media

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros.

El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, octubre de 2020

*Para Ángel Blas,
la historia más amiga.*

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

*En la gran noche serena
te retuerces y suspiras,
mas aunque rajada miras
a puñal tu carne dura,
te alzas fuerte, madre pura,
del infierno en que deliras.*

Nicolás Guillén

*Que nunca el canto se parezca a nada, ni a un
hombre, ni a un alma, ni a un canto.*

Pablo de Rokha

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

COMO UN ANTIGUO TAMBOR
ESCRITO EN COLOMBIA

I

Todavía la incesante y áspera hiedra,
aferrada al entumecido tiempo,
a un muro ancho y ciego; todavía
como esa hiedra de imposibles vuelos
ronda la paz de mi ventana
una terca silueta de alto veneno.
De nuevo, ese otro a quien temo,
me habita y no advierte de su voz
que se delata buscando la vuestra.
Arrojado tripulante es la memoria
cuando silba el viento, prófugo,
como alma suplicante en las montañas
donde los muertos vuelven,
alma herida silba el viento
y haciéndome voy el árbol solitario
cuyo nombre desconozco,
aquí, donde padezco ser huésped
entre habitantes de un canto general,
de una isla negra, del país del viento,
de un sueño o un cuaderno de la tierra.
Mirad, ya no soy la daga ahinco del guerrero,
ni los ojos oro y plata de la tenaz ambición,

no buscan mis manos oficio,
ni me aventuro a la suerte de las naves.
Tampoco tengo padre —acordaros de Adoum—
y se secó mi infancia en un país de frío viejo
como la astilla de un fin de siglo
sostenida en aguas de emigrante inverso.

II

Y porque esta es la tierra que descarnamos
hasta el olvido, pregonemos todavía
el Salmo Penitencial del poeta,
donde *no es fácil vivir en compañía de la muerte,*
la muerte con sus gallos negros
y sus féretros de amantes,
la muerte de *vientre redondo y caliente*
como el vientre de una mujer preñada.
Porque esta es la tierra,
hojas de mi encendida frente,
silba el viento, frunce mis sentidos
y sus combates a un solo nombre:
suspiro, sobre la rumia de la ciudad,
bajo cielo impasible, suspiro en las playas,
entre luminosa sangre que brama
y tiñe la lágrima y el sudor inaugural
de la Gran Ciudad del Sur.
Suspiros cuando vuelve la lluvia,
vuelve a interpretar
esos ojos de la mañana que despiertan

e ignoran, que no hay remedio,
que deben ignorar; inocentes deben
cerrarse y clamar, bajo brasa de legaña
clamar por dentro un rabioso basta.
Hervidero de ciudadanas hormigas,
aprendices del clamor que mensajeras cargan
y predicán en la tierra descarnada,
el clamor de sólo por dentro —como si fuera poco—
que el mundo sordo empequeñece.
Solidarias hormigas de José Emilio,
de disciplina ciega, de voluntad constructora,
hormigas que *deben continuar su camino
contra el veneno y contra el pisoteo,
para que este planeta no se vuelva
otro lugar desierto y sin hormigas...*
Vuelve la lluvia a mirar esos ojos
y arrecia y bendice, bendita lluvia
que resta muertos y muertos al día.

III

Ojos claros y piadosos,
lectura discreta de la ciudad contemplada,
mediodía, tarde y tarde suicida,
madrugada de cuchillos como ríos
porque la ciudad trabaja
sobre el Primitivo Valle.
Arterias, paralelas de norte y sur,
hay un previo significado

antes de tomar la brújula del Bus Diurno,
en los ojos que sospechan
—inevitables vigilancias—
hay una previa verdad,
que golpea en las sienes,
que ya estaba dicha y se revela:
¡no hay voluntad de verdad!
Se soporta y nada se sabe,
pianista o albañil
y menos que nada entra en la casa,
campesinos cien disparos
y nada se sabe, mortaja,
tierra que soporta; palabra,
violenta palabra, palabra falsa
de machete y corbata, familias
como hongos de otro poder,
¡todo por la plata!, tú de mí, yo de tí
y el hueso, la guerra en la hoja
y la hierba, el intenso verde
de otro pasado que no es el mío
y soy de él.

IV

Lluvia, lluvia, hunde la tierra,
venga la mar que inventó
el nuevo mundo, venga inmensa
de luz ahogando las armas.
Feliz regreso del génesis,

salud para los labios de barro ingenuo,
llenos de primer amor;
y se derrame el secreto de las plantas
por la sangre vengativa
y a cada estrella una hoja de palabra libre,
que no diga y muestre la verdad,
la humilde mazorca de caricia divina
junto al espanto de la granada soberbia,
la segadora de piernas.

Mar, mar, catástrofe y somnífero,
te devuelvo la orina que fue risa y conquista,
no quiero raíces, labios de barro y sal
para los cielos, te devuelvo la espuma simiente,
no tengo padre, mirad.

Mar, mar, del que viene y no se siembra,
del que siembra y no se sabe,
esconde su identidad de tierra.

V

Pájaro de los lulos
¿quién me llama desde las calles,
desde los árboles de asfalto?
Viajero en el Bus Diurno, destartalado
como imprecisa mi memoria,
asciendo el sueño de las escalinatas,
hacia el Templo y el Palacio,
hacia la Plaza de los pregoneros y vendedores;
oh, gris del tiempo,

rastrojos de sombra quemada,
todavía algarabía de los mismos,
los mecánicos y paralíticos,
los que baten el cobre y su cuchara,
los rebuscadores de pestes
en plásticos oscuros parecidos a la muerte,
contabilizando hambres y leche amarga,
con dientes de basuco,
con dedos que germinan en las aceras.
Niña de los inciensos,
guitarra mendiga, triste aroma
y melodía de cuerda amarga,
la que ahoga, el aroma de la flor temerosa,
la que espera y espera,
la compro, compro esas barritas
de fuego soñador y largo perfume
y me prendo como salvación.
Mirad, políticos de rancio salario,
mirad el sol de los inciensos,
sus proclamas y sus besos.

VI

El viento viene de abril,
corazón negro, de animal aullido
es el dolor de la plaza y la selva,
de animal aullido el fruto de la tierra
y la torre de cemento fariseo.
Para qué alabanzas a las tribus,

rey de Bogotá, corte de lanzas soberbias,
corte de arrogancia,
para qué el oro de los sueños,
máscaras de caña y café,
para qué si sólo tu puño florece,
no sabe de nosotros la mano
transparente del arroyo que se mueve.
Siglo veintiuno y todavía el dolor
y la palabra del dolor,
aunque el cielo, como dijo Parra,
se esté cayendo a pedazos.
Sí, todavía la sabia que se derrama,
la sangre que asciende
y hablar de la muerte como si nada.
¿De dónde la calma, la heráldica estela
de amor perdurable; de dónde la mansa,
la del primer hombre, la humilde arena,
de dónde vendrá la que pueda llamarse eterna?
Paloma después de la tempestad,
no vuelas, no tan lejos crece la rama,
la dorada, la que enterró verdes sus lágrimas.
Aquí la esperanza, la mesa y la montaña
que me detiene y me alimenta.
Pero estoy solo de olas contra mí,
tan extranjero, tan quinientos años después,
tan hernández y negro y en barca de pesares
—que de olvidanzas quisiera—
de una orilla a otra llevándome.
Oh, amigo, ¿quién me arrastra al pasado

de las dos costillas? Oleaje más allá
de mi infancia y dentro de estas caderas negras.
Aquí, dirías que en la violencia,
la terca invisible, y la oportuna miseria,
oculto mi pena, pero quién,
quién me devuelve mi paz de río
y de piedra, de río de pueblo, recuerda.
Volver, amigo, con tus firmes señales
o quedarme condenado y sin navío,
colgado de la hoja propiedad de los otoños,
los tuyos y los nuestros, sólo los tuyos.

VII

Por donde la palabra me guía,
fiebre incurable de palabra antigua,
violenta como violenta la tierra,
poetas de la Cordillera,
de la Sangre de la Guerra,
poetas de Tierra en llamas,
de Chile, de la Pampa y el Tigre,
poetas de Ecuador, de los Lagos
y los Llanos, de las Islas,
del Caimán y de Bolivia,
poetas del Maíz y lo amargo,
de la Anaconda, de la Lengua del Istmo
y de los profundos Ríos;
regresa el canto de las estrellas,
estela vieja y sin arrugas,

canto apenas cincuenta años,
regresa al país que no lo tuvo
como llaga de luz del mediodía,
flor nueva del flaco guayacán,
del siglo la más amararilla y sangrienta luz.
Sí, cómo duelen las pupilas de la España,
las pupilas rojo y gualdas
y la Espada, fatiga del tiempo.
Para qué el empeño de la palabra,
aquí, donde sólo seduce y engaña,
oh creyentes de púlpitos de oro,
la esmeralda no duerme en la tumba del quimbaya
y la historia, la historia no trabaja.
Trabajan los hombres, suenan los tiros,
los hombres siembran y trasladan sus penas,
se quejan, conservan su ira, cortan la caña
y un lamento sin peso lanzan.
Sin remedio, los hombres recuerdan humos
y días grises, olor a húmeda hierba,
ríos turbios y pereza. El sudor ya es ceniza
de las frutas y los peces.
Amigo, sí, volveré a la patria
con otros ojos, con ojos de vaca
donde viven la huida y la hoguera,
la miseria y la violencia, donde pace
el terror y la furia del viento arrastra tu casa.
Tener el corazón en la madre,
la de carne y hueso, y volver
a escucharlo bajo la costilla de mi infancia.

VIII

Pero sigo el curso de mis venas,
aguas de río extranjero se pierden,
aquí remansan mis remos de hueso
y fundirse quieren en la voz del Magdalena,
del Atrato, del Cauca, flor arrojada
a las corrientes, llevadme, llevadme para siempre.
Mirad, os presento mi vida, lo dijo Lihn:
Lo real ha invadido lo real,
en esto estamos todos de acuerdo,
en que no hay escapatoria posible
y ahora se trata de fecundar,
últimos días de abril, de fecundar a María.
Pido otra respiración, perdonadme,
una supervivencia amable, una bandera blanca,
la luna de trébol y la selva en calma.
Criatura fluvial, miel de canto rodado
y creer que se puede querer, hijo mío,
¡nunca otro ser de silencio y resignación!
Criatura raíz de los mundos,
de algas más allá de mi esperma azul,
profundo espejo de la memoria,
ojos de niño antepasado,
vela de sal de la mar del vientre de tu madre.
Quiero la lluvia unida de los mundos,
los pequeños y los grandes,
de los cielos primitivos
y la gran nube futura, la que absorbo

y te bendiga, criatura, donde los niños poetas
aprenden del fríjol y la guayaba,
aquí, donde el incienso de la bala
todavía está saliendo de la alcoba,
de Aranjuez y Siloé.

Tanto esperar, después de los muertos,
y amaneces, delfín rosa,
tras el llanto urgente, gracioso, de María.
Sea definitiva la buenaventura
de la suma y las cosechas,
haya puerto, haya casa, haya mano humilde,
custodia y herencia de la paz,
una ventana sin verjas
y la nube poseída de ofrendas.

IX

Abro la boca para que el viento
sobre las aguas regrese mis palabras
a la Gruta de los Cien Pilares,
donde fuimos sin edad poderosos
entre palomas y muertos,
nuestros muertos y nuestro vuelo,
entre Jose, César, Ángel o Carmelo,
¿dónde estáis?, acordaros y sabed
que cien pilares custodian mi palabra
y espero la vuestra y la ceniza común del cielo,
ahí, bajo el gran vigía, bajo el Pico del Águila.
Os lleve el viento esta palabra,

la de siempre y la del triste caimán,
la de la orquídea y el fusil,
la del indio y el papagayo,
palabra caudalosa de Leticia y de la coca.
Y vosotros, amigos, ¿de qué países me habláis?
El pueblo se hizo cuerno asfixiante
y zapato que no. ¿Qué será de mi río,
de las tardes de álamos y juncos?
Remansad ahora,
28 de mayo del año 2006,
esta palabra exportada,
noticia del extranjero,
palabra de ojos ya viciados de violenta costumbre,
desde la telaraña de los océanos
hasta la corriente de las aguas donde fuimos niños,
calmadla en las troneras de Vico,
¿oís?, donde ya susurra la voz
de Enrique Buenaventura:
¿Con qué palabra disparar?
¿En general qué responderle al general?
¿Qué aplomada respuesta darle al plomo?
¿Y cuando la razón cae fusilada
qué pensar?
Funesto mayo, se alargue el llanto,
la mano dura y el salario cruel,
la falsa paz, el corazón amargo,
y este dolor gesto de paciencia.
Se alargue el viaje de la esperanza
en aviones parecidos a la condena,

la ceniza de la casa porque huyo,
el viento vengativo y la república
después de que las rosas emigraran.

X

Araño los altos farallones,
cargado de rabia antigua
cavo profundo la arcilla y el metal,
para sembrar mi origen,
para soñar el hueso del hombre,
la daga obsidiana y la espada extranjera,
baño ovillo de sangre,
desde el tayrona y la primera luna,
tiempo que aprietan mis manos,
desde Heredia, Robledo o Ursúa,
ecos de mi pecho. *Aquí, recordad,
somos del mismo tiempo que el tiempo,
somos hermanos de él,*
aunque venga de la nieve y el trigo,
del tiempo *emoción europea
de hombres de numerosos días.*
Tan cerca del hacha y el pie desnudo,
de la espuela, de los sables y arcabuces;
venid, vosotros, hombres del Poderoso Norte,
venid a palpar el tiempo inmóvil,
oh, mercaderes y empresarios,
el presente y el de siempre,
tiempo eternidad de danzas guerreras,

venid a convertir a la madre Anaconda
en acciones trepadoras,
la música de las barcas
en lingotes sonrientes de oro.
Sí, como mira la voz del poeta,
vivimos extrañas épocas, mi hermano,
hay gentes que se enriquecen
con danzas de guerra y ocupación.
Tú revientas en el intento de ganar algo,
pero en estos días el sudor de tu frente
no sirve de gran cosa. Los intrusos
—habitantes de tu propio país—
te preguntan por qué razón existes
y tú no puedes decir nada.

XI

Cometa de agosto, cometa que elevas
los niños a lejanos cielos,
llévame al olvido, a un callar de mi ser
y mi conciencia,
enciérrame en la morada del viento
y abre su puerta cuando la tierra
sólo sea flor de almendro.
Porque no quiero al hombre,
no sus tentáculos de muerte,
su alma seca y vacía,
su falsa siembra de bondad infinita.
Escuchad mi odio primerizo,

permitidme presentarlo en Tierra Vuestra,
vomitando el alimento de los dioses
en versos paralíticos de lejana edad,
nada nuevo te dirán, nada serán, nada.
Pero escucha, escucha el golpe de esta voz
para que la tierra se abra y díme
que no es el hambre ni este duro aire;
que es el futuro y que sea otro.
Lo traigan raíces de la ceiba humana,
del samán humano y la humana hiedra.
Surja el rayo del útero de la cordillera
y calcine el obtuso pasado.
Azul arena bajo el paso de tus hijos
y otro horizonte anclado a las alas
de una joven y hermosa paloma.
Siglo veintiuno, ¿son ciertos los futuros
de la rosa de agua, la sin mácula,
la de enormes pétalos de corazón abierto?
Edad del miedo y la fatiga,
díme que mañana,
bajo el manto de la rosa,
renace un perfume triunfal,
contra lo corrupto,
contra la mano podrida de la envidia y la usura,
contra el oscuro rumbo que gobierna
como funesta y eterna noche
en la tierra y el reino del sol.
Pero quién, ¿quién tiende trampas al vivir?
Presidentes, militares,

caballeros del traje esmeralda,
presidentes, mirad mi salario, simiente de nada,
lágrima agazapada y resignada
cuando el mundo ya no cree en la lágrima vasalla.
Ved mis manos, sus estrías cansadas,
porque somos lo poco que nos dejan
y de qué sirve vuestro coraje de plomo,
tengo el oficio que no mendiga
y bajo el Gran Pretexto de salvarnos
no hagáis de mis manos de harina un cuenco
vacío.

Mirad, os muestro cartas de paz
para hacerla con el polvo de tanto esperar la
muerte
y escribirlas a la sombra de un crimen sin crim-
inal.

Caballeros,
¡sellad por siempre vuestro falso cantoral!

XII

Perdón, volved a perdonar
esta palabra ungida de impotencia,
ya el tigre duerme fusilado
entre el estiercol de la selva
y nadie, nadie pregunta
por el rostro pesaroso de la historia.
Voz quieta y estancada como duna
o suma de arena en los desiertos

y nada, nada remueven
los ventisqueros cobardes del tiempo.
Líbranos del odio y el silencio,
ay, raíz del hueso difunto,
proclama lo que fuiste
más allá del aire que nos oprime.
Una cosecha enferma,
una mañana esclava,
un caballo perdido y un arado triste,
todo eso y en un sueño sin recursos
la raíz más profunda fuiste.
Palabra para el hombre abandonado,
no la temerosa, sino la fresca
y azul palabra de la fuente que no cesa.
Palabra para la verdad,
para tí y para mí que rebuznamos
a las estrellas mendigando
la certera puñalada de sus vértices
en los ojos del impostor.
Cómo quema el tanto hielo
y el tanto silencio de la luna llena de sienes.
Sopla lava adormecida de tu vientre,
hinca tu lengua y tus dientes
a la lengua y los dientes de tu rey de barro,
rey de barro en Corte de lanzas soberbias.

XIII

A aguas de mar humilde
arrojo los caballos de mi infancia.
Caballos de carne y hueso,
que nunca fuistéis furia sino guía
llevadme y templad el camino en lo profundo,
donde sueño al hombre que me sueña,
pisotead el tesoro de los poderosos,
sus anacrónicos rostros
hinchidos como trono de reyes,
porque agua no hiere y es inmensa su salvación.
Caballos de mi infancia,
llevadme a cultivar el canto de las algas,
con los muertos de sus raíces,
con la abismal esperanza que cabalgamos,
porque quedan frutos y tú tienes dos manos;
o acaso, como en el viejo poema,
¿no tendremos más cosecha
que una espina para hacernos sangrar?
Queda implorar, la súplica siempre,
que la espina sea de rosa, la sangre para soñar.
Caballos de carne y hueso
hacia el azote del recuerdo,
al son de los tambores de mi infancia,
desde la viña sudor terrible
de mis difuntos de pueblo,
hasta estos surcos oceánicos
que ponen racimos de uva en mis labios.

Montar el Colosal Arado de aguas humildes
y hacer dulce el vino arcaico,
sin la larga y avara sed
de la posguerra y península familiar.
Imaginad entonces el otoño eterno
de la Granada en guerra, huracanado y deshonesto
entre los sembrados y hasta la saciedad.
Sí, ando buscando la submarina violeta de la
noche,
porque sólo ella da el incienso a la conciencia
y ya se perdieron los ojos mansos del buey.
Oh, mar de paja y guirnaldas,
¿de qué cuello colgarás la paz llorona?;
recuerda que estoy casado con ella,
como la niña mendiga doy la mano
a un ramo de sonrisas.

XIV

Día domingo, de insectos festivos
sobre la hierba india del Pance
y el ancestral esplendor del olor a pan
en nuestras manos cuando mira,
de pronto, mira caer
los incontables versos de la lluvia.
Del vientre preñado, redondo y caliente
de María, anillos de cobijo
son las aguas peregrinas de noviembre.
Invitadas a inundarlo, no marchéis

sin cubrirlo de río, fuente o lago.
Viene, como flor de lava
crece rosa profundo
en el pabellón de las expectativas,
donde arde este poema;
como fragua de fiero atardecer
crece cielo de mi carne
y habrá de ser, sin remedio,
el bello pájaro que me rapte.
Del vientre de María,
la piedra y la madera
que construyan mis brazos,
que los días sostengan
y ante ellas mi rodilla inclino
y la súplica del perro dicto
para que esos brazos nunca se quiebren,
sólo en salves nos lleven.
Mediodía que pierde su mirada
en lo alto de un zumbido de inquietas alas,
vengan madre y niño a esta lluvia que camina,
trenzados de dura hierba
vengan sobre aguas de río festivo.

XV

Pero habla, amenazada tierra, díme
de dónde el plomo que te desplaza,
de dónde tus amaratados párpados,
el viento quebrado de tus caderas,

lleno del grito oceánico, díme;
díme de dónde el palpito sangriento
de tus piedras, ellas que son de tu destino
las vértebras. Tierra, tierra aunque huyas
húmeda de triste tambora, permite tejer
orquídeas de mis manos a las tuyas
y anudar nuestra desdicha en flor de bálsamo,
así, como llega la amada a brazos de quien espera
y palpar esa tierna impaciencia.
Díme quién, quién te arroja de la entraña,
dónde duermes esta noche,
quiero ser nodriza blanca de tu sueño.
Mira, por la vereda llora un niño
derramando leche de su frente
y será, bajo tu extensa losa, siempre abierta,
siempre largo sorbo de cadáver;
incautos quienes dijeron *semilla*.
Oh, tierra, tierra de nadie y del patio de la casa,
la tierra de Oscar Castro, la hollada por bestias
grises,
y escupida de blasfemias y sollozos,
tierra tu lamento y el sexo de la lluvia,
anhelo de poseerte, tierra el pensamiento.

XVI

Y aunque mis ojos no están aquí,
en este valle de valles devorador,
de mandíbulas abiertas

—de todos reino perdido—
las estrellas nacen como voz urgente
de un penoso barranco de olvidos.
¿Dónde están los brazos voluntariosos
de Horacio Caicedo, el silencioso cortador de caña;
la suerte de Orlando Benavides,
el viejo por sereno pescador de ríos;
la astucia del parlante vendedor de aguacates,
Fabio Zalamea, dónde están?
Todos, todos se fueron persiguiendo
los ciclos ciudadanos del cielo,
a esperar otra forma de la muerte
desplazados por el recio luto del viento.
¿Qué traen en sus manos polvorientas,
en sus débiles cabezas, qué pueden traer?
De la tierra, lo que la tierra da:
tierra, trabajo, amor y muerte
y edificar colmenas sin miel,
en la Ciudad Doliente reparar trastornos
y acumular desdén, cómo la lluvia arruga
la madera de la casa y por el hueco del murciélago
mirar en vano al pasado, quién sabe,
mirar hacia un pueblo extranjero
que con certeza ponga mayor limosna.

XVII

Ay, dulce Cauca, si amiga llevas tu voz,
corre ancho y suave hasta domar

el llanto de León, que de tan alto
no tiene ya parábola terrestre.
Por el cauce de piedra divina,
ánimo del llanto hacia el reino
de la flor del fuego, que ordene
lo vivo y lo muerto, que sólo de Amor queme,
sin principio ni historia, flor sin fin.
Pero tanto el cuchillo y las ausencias
que gris es el alba de los ofendidos y humillados.
Hermana, tengo sed de todo lo que cae:
lágrima y sangre
y hacer desiertos para el acero de gargantas.
Bajo la ventana de los dioses
comienza a llover y la palabra
es baratija o alondra que al matorral emigra,
temerosos porque la caña nada, nada crece
y nadie, nadie sabe qué es en el tiempo
la palabra, esta torre emboscada.

XVIII

Sin hacer las paces con la lengua de la tierra,
sin señal alguna de esperanza,
sin aroma madre a pez de costa,
sol, sol, seca esta larga lágrima
filtrada en la entraña del polvo
más parecido a mi rostro
o el rostro hermano de la muerte.
Míenteme, cadáver de la historia,

díme que nadie sabe de esta tierra,
tierra que es puerta de tu hogar,
que nunca nadie vio sus ojos verdes,
que nadie sabe de su vientre lava,
de su sexo maíz, díme que es tierra sin herir,
que nunca hubo la colérica tribu,
no desolados páramos, ni el hierro asesino.
Nada se hizo, volver al íntimo, al desnudo,
a la inocente vena de los días,
hacedora de bondad de almas como voz de luna
y seguir en la luz el laberinto de la abeja,
los temblores de la viña,
el vendaval de las cañas,
o regresar a la barca de los dioses,
la dorada hacia la dicha.
Oh, cóndor hambriento y bueno,
¿cuál es la distancia a nuestros sueños?

XIX

Dije adiós a la nieve, a hermanos
y amigos, al paisaje que no viaja
aunque cicatrices tenga mi río.
Pero, ¿qué frío sostienen mis manos
haciendo cuenco al pasado,
a los trigales blancos? Posos de hechicera
lanzo al aire ardiente de la memoria
y bajo el clavo del invierno en mis sienes
alguien advierte que el pasado no es, no estuvo,

que al mirar a lo lejos todo es comienzo.
Mirar los eneros como el ciervo la sangre
de su tobillo, sin saber dónde ni quién
puso el alambre de espinos, solo, pasmado
ante su herida, ante un manantial
donde corren los vientos helados
y las grullas emigran hacia el sur,
entrad, no sois espejo, la casa está abierta
junto al sol de las cosechas
y en alas de regreso raptarlo quiero
y llevártelo eterno, madre, porque sí,
porque todavía estás ahí, en mí,
lanzando trigo al viento, en las eras sofocantes
de los veranos y el cementerio
y cuando aquí es quién sabe, aquí palpítamos,
sobre piedra de un iluso y pobre molino.

XX

Sol del otro costado que aprieto y llevo
en los párpados para la ausencia de mi norte,
cuando al mirarte no venga
la *hoja cobriza del otoño*,
ten, este es el sol que comemos,
el inmenso arrojado y el maíz
una balsa hambrienta y a la deriva.
Harina de un país del viento,
sin voluntad de peso que nos haga,
nos descubra la boca de la tierra,

la quemante y real mordida
más allá del fuego y de los huesos.
El futuro es una estrella ancha y blanca
hasta la llaga del pez en lo profundo
y en cada vértice un poema, sereno y dispuesto
a teñir las sombras de verdad de rosa,
la esencia, ven, eternamente suplicada,
siempre, al fin y al cabo, degollada.
Después, después de los muertos
habrá tiempo, habrá tiempo
de perdonar al cielo, porque el futuro es espacio
y claros de luna un largo reposo,
oh, amiga y hermana que no vives en lo alto
sino en los ojos que te miramos,
perdón, perdón por la distancia de no tejer
tu luz a la esperanza de la casa.

XXI

Sí, mirad, todavía esta incesante hiedra
dueña o metáfora del tiempo inmóvil
cuando llegas, hija mía,
llamándonos desde el último abril
y abril te abre la puerta, del vientre de María
mi muchachita de la isla
y en ronda festiva alas de delfín
hacia el azul más amante
porque ya, cansados de súplicas,
es otra la letra de mis ojos

y otra, recuerda, la canción que me desvela:
mi muchachita de la isla
voy a quedarme contigo
y no nos preocuparemos de qué hacer
no tendremos que alcanzar ningún tren
ni irnos a casa cuando llueva,
cogeremos flores de hibiscus,
pues no serán minutos sino horas,
pues no serán horas sino años...
Así, siempre, la estación deseante y deseada.

XXII

Vengo viejo y ciego,
de la patria que es romance
y estuvo *ronca de tanta voz en vano,*
no pregunto a las sierras,
a los valles no pregunto si es aquí
la morada del otro.
Oh, lluvia, entusiasmo divino,
díme que me quedo,
que dentro de este llanto de ballena
haces remanso a mi guerra.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ÍNDICE

- I. Todavía la incesante y áspera hiedra
- II. Y porque esta es la tierra que descarnamos
- III. Ojos claros y piadosos
- IV. Lluvia, lluvia hunde la tierra
- V. Pájaro de los lulos
- VI. El viento viene de abril
- VII. Por donde la palabra me guía
- VIII. Pero sigo el curso de mis venas
- IX. Abro la boca para que el viento
- X. Araño los altos farallones
- XI. Cometa de agosto, cometa que elevas

- XII. Perdón, volved a perdonar
- XIII. A aguas de mar humilde
- XIV. Día domingo, de insectos festivos
- XV. Pero habla, amenazada tierra, dime
- XVI. Y aunque mis ojos no están aquí
- XVII. Ay, dulce Cauca, si amiga llevas tu voz
- XVIII. Sin hacer la paz con la lengua de la tierra
- XIX. Dije adiós a la nieve, a hermanos
- XX. Sol del otro costado que aprieto y llevo
- XXI. Sí, mirad, todavía esta incesante hiedra
- XXII. Vengo viejo y ciego



Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez

Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227

321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>

programa.editorial@correounivalle.edu.co

¡ S i g u e n o s !



[programaeditorialunivalle](https://www.instagram.com/programaeditorialunivalle)